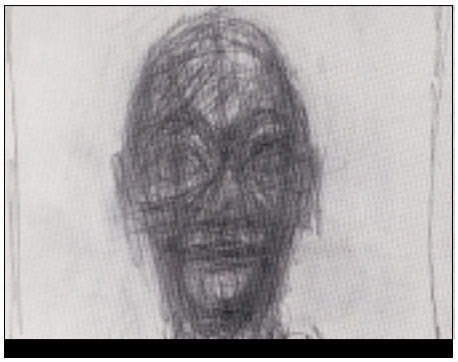
NARRACIÓN CORTA

Un borbollón de agua

Este mes publicamos el último de los relatos, galardonado con el tercer premio del I Certamen Literario de Narraciones Cortas. Es obra de Alfredo Sanjuán Ferrer, enfermero de Navalmoral

Flagellés par un vent qui ne vient pas du ciel.
C. Baudelaire



Alfredo Sanjuán Ferrer

Lleva tan a flor de los ojos el espanto que me escamotea la mirada como el estigma infamante de un delito. He tenido que invitarle a pasar. Al hacerlo, empuja la puerta, desconfiado, mientras musita un esbozo de saludo que sin apenas humedecer sus labios se evapora. No es que el espanto tenga un perfil, ni una silueta que identifiquen su semblante; tampoco el matiz de un color o el señuelo de un brillo. No, el espanto de quienes al mirar hacia adentro se encuentran con la muerte, de quienes están abocados a sentarse y platicar con ella sin un resquicio para la deserción, es como una lontananza, está en la lejanía con que nos contemplan al mirar hacia fuera. Es el vacío que se afinca entre ellos y nosotros, esa distancia que se dilata y se ahonda según les enmaraña la aversión al debate a que les convoca la congoja. Él también conoce que el espanto amedrenta cuanto lame y de ahí que me rehuya, que esquive el encuentro con mis ojos. Incluso la luz que se filtra a través de la persiana parece cohibirse, se toma mate y se resquebraja cuando está a punto de alcanzarlo. No puedo evitar un nudo en la garganta según observo el desaliño que aja su figura. Demacrado hasta casi el destello, ha envejecido veinte años desde el último día en que nos vimos y le di la noticia. Le hago sentarse frente a mí, al borde opuesto de la mesa, y se enfrasca a barajar papeles en la carpeta que ha colocado sobre las rodillas. Sabe que le escudriño, que espero sorprenderle para medir el espacio tendido entre nosotros y acortarlo. Se resiste y el desaliento le clarea la piel. Sin darle más tregua le pregunto: "¿Cómo se siente?". Se remueve en la silla como buscando una respuesta pero se desmorona, se limita a mirar a través de la ventana. No es capaz de mentir y le acucia el miedo de que se le quiebre la voz delante de un extraño. Lleva veinte días haciéndose a la idea de morir y no puede ocultar cada cicatriz de su tormento: la frente estriada por las cavilaciones, los párpados flácidos como bolsas vacías y el mentón receloso y anidado de temblores. Ha pasado por todas esas fases de rechazo, decepción y rebeldía. Ha paladeado la hiel de la resignación y el acedo licor del desamparo. Me hechiza el profundo abismo de desesperación que lo ha engullido y me dejo arrastrar por el infame placer de sondearlo.

El hielo más cruel ventisquea en el extravío de sus ojos. Allí están los desvelos nocturnos, convulsos de coraje y ebrios de amargura; las desgarradas despedidas de los últimos amaneceres que han venido a iluminar su angustia y los adioses, húmedos por el llanto, a los latidos que se le escurren de los dedos. A fuerza de acosarle, finalmente me dice: "No es mi muerte, ¿sabe?, es la de ellos la que ahora me angustia". Me prendo a su mirada, lucha, pero sé que tiene necesidad de hablar: "No es el miedo a mi nada, es el terror a perderles a ellos, al aniquilamiento en mí de su memoria. Nunca tendré noticias de cómo crecen, de qué se apasionan o les duele, ni siquiera si existen y, por lo mismo, si alguna vez alenté para ellos". Ante su franqueza me decido a dar el primer paso. Me gustaría que llorase para inclinarme hacia él y palmotearle en la espalda. Estoy tentado de decirle: "Mientras hay vida existe la esperanza", y arrancarle de los tormentos que le agobian, poner patas arriba su calvario. Calculo la manera de hacerlo y, en ese espacio, él se percata de mi repentino embarazo y, presumiendo su origen, me reprocha: "¡Si por lo menos hubiera mantenido la inconsciencia del sueño!". Estoy a punto de gritarle que es inútil, pero una necesidad tan humana como es la de excusarse se me impone y, al margen de su agonía, le replico: "Lo verdaderamente pavoroso es vivir enajenado en la mentira de que somos eternos y solo despertarse a la hora de morir". Aguardo su reacción con ansia, me apura el daño que todavía pueden hacerle mis estúpidas palabras. Ensaya una sonrisa que se malogra antes de desprenderse de sus labios, renuncia y con una mueca de resignación me responde: "¿De qué sirve? Si una vez fallecidos perdemos la memoria de haber pasado por el mundo, si volvemos a enhebramos al punto anterior al nacimiento, si se zurce el desgarrón en el hastío de la nada que llamamos la vida ¿de qué sirve? ¿De qué sirve que a uno lo recuerden si nunca ha de saber que lo recuerdan?" Intento reparar mi falta de destreza y le digo: "Muchos confiesan que si les diesen a elegir lo cambiarían todo, que comenzarían una vida distinta". Se ensombrece y empecina su semblante, resalta el parpadeo de sus ojos como si una registradora dentro de su pulida calavera echase cuentas, repasase el balance de los años.

Luego se detiene, provocadores los clava en los míos y masculla: "¿Para qué? La muerte es lo que tendríamos que cambiar, pero la vida, ya sea una plegaria, una risa o un desgarrador aullido, enmudece amordazada por el mismo silencio". Sus palabras destilan un olor acre que estraga el aire, lo violentan y con él van a desvanecerse en los rincones. Unos golpes delicados en la puerta nos sobresaltan a los dos, asoma la enfermera, hace además de entrar, contempla. con detenimiento nuestros rostros y se retira envuelta en sus disculpas. Aprovechando la rendija del vaivén de la puerta, me apresuro a decirle: "¿Es que para usted nada vale la pena?" Asiente y me confiesa resignado: "Esas cosas solo se nos ocurren mientras desconocemos el sabor empalagoso de la muerte, mientras somos espectadores del aniquilamiento de los otros, pero cuando el final es el nuestro, lo único soportable es adelantarlo; lo demás son monsergas". Me estremece el rotundo vigor de su protesta y la ruina que mi ridícula desidia ha provocado en su persona. Intento con urgencia construir una frase correcta y apropiada, no lo consigo. Le brindo una sonrisa que enmascara mi propia postración. Adivina mi intento de desviar el rumbo de la charla y me suplica, desde la distancia en que tiene confinado el desconsuelo, que le escuche. Me recuerda: "Usted me enfrentó de buenas a primeras con la muerte, me pidió que tuviese valor para afrontarla. Ahora...". No puedo soportar que siga hablando, su dolor me ulcera y me maltrata. Con un ademán consigo interrumpirle, le ruego que me atienda. Me reprocha que tengo toda la vida por delante, que mientras le doy mi estúpido discurso se sortean su lengua los gusanos. Me esfuerzo en explicarle que mi intención es otra. No lo consigo. Se enfurece, golpea irritado la mesa y me acomete: "Ahora ha de escucharme usted, ármese de paciencia y aguante como lo hice yo. Cuando a uno le señalan la esquina en que se aposta su muerte, en ese mismo instante cierran su ataúd".

Se ha puesto de pie, pasea su encorajinada desazón de punta a punta de la sala. Me rindo, prefiero se desahogue antes de manifestarle el motivo precipitado de mi cita. Me restriega: "El día que usted, con los papeles en la mano, me desveló que había caducado mi existencia, anduve despavorido por la calle, flotando como una pompa de jabón sobre un campo de cardos. La gente que me cruzaba alborotaba y reía, hacía proyectos de fututo, contaba con la eternidad para sus planes". Un impulso me obliga a interrumpirle: "¿Cree en la otra vida?", le pregunto. Se detiene como si le hubiese cortado la corriente, me observa con los ojos ausentes y con un dejo de desdén me responde: "El creer no garantiza nada. ¡El dolor tiene que ser el mismo! Seguro que usted conoce esas imágenes sagradas cubiertas de espléndidos ropajes, de telas de terciopelos y brocados, de mantos llenos de riquezas sobre enaguas tiesas de almidón y fosforescentes de blancura y que debajo solo guardan un armazón de madera, un andamiaje estrafalario y sucio. Frente a los oropeles en que se envuelve, ese vacío hace el efecto de una burlesca carcajada. Así es la vida, puro soplo. Las ilusiones sobre la otra vida son igual que las enaguas que sirven de tapadera a las huecas entrañas de las vírgenes que pueblan las iglesias. De su pronóstico, como puede ver, me sobran los dos meses. Aunque volviera a nacer, aunque me engendrasen un millón de veces ya no podría esperar en nada. La muerte no nos llega desde fuera sino que nos alcanza desde dentro y cuando a uno se le descompone ese meollo de aspiraciones que llamamos la vida el pretender vivir es el infierno". Calla y se hunde en un silencio turbio. Se pierde en esa lejanía que el pánico acumula en sus pupilas. Ya sin trabas le confieso que los resultados estaban confundidos, que eran de otro. Un vagido estertóreo escapa de su boca, hace añicos el aire y lo deja preñado de zozobra, como el llanto de un recién nacido, como si la vida no fuera más que un borbollón de agua.

Alfredo Sanjuán Ferrer, tercer premio del I Certamen de Narraciones Cortas

■ Nacido en la localidad zargozana de Épila hace 56 años, Alfredo Sanjuán lleva desde 1989 como enfermero en el Área de Navalmoral de la Mata.

Alfredo Sanjuán es un verdadero apasionado de la Literatura, hasta el punto que la Editora Regional se ha interesado en publicar su primer libro (Diario de un escritor) y que se prevé que saldrá a la calle en el presente año.

Siempre que puede participa en Talleres Literarios, los dos últimos impartidos por Julián Rodríguez Marcos y Pilar Galán, y mientras tanto se dedica a preparar un segundo libro de relatos.

Este enfermero aragonés reconoce que antes no había escrito en plan literario, "aunque sí trataba de practicar la teoría de las artes aplicadas en los estilos cotidianos que demandaba mi trabajo".